

Restos de un jarrito visigodo en tierras de Soria

JORGE JUAN EIROA
Universidad de Murcia

La cueva del Asno de Los Rábanos, provincia de Soria, situada en la margen izquierda del río Duero, a unos 10 kilómetros de la Capital de la provincia, es un yacimiento arqueológico que excavamos en campañas de 1976-77 y que evidencia una prolongada ocupación desde, por lo menos, el Bronce pleno hasta época medieval. Sus niveles arqueológicos más característicos son los que reflejan la ocupación del Bronce final y Primera Edad del Hierro y en ellos se centró la atención durante los trabajos de excavación y posterior estudio (1). Por la cantidad y calidad de sus materiales, entre los que figuran interesantes lotes de sílex, cerámica, metales y restos óseos (humanos y de animales), la cueva resulta ser uno de los conjuntos arqueológicos de mayor interés para el conocimiento de las etapas metalúrgicas de la alta cuenca del Duero, como ha reflejado la bibliografía posterior.

Pero, además, la cueva debió ser ocupada también en época visigoda, aunque fuera ocasionalmente, ya que en el nivel superior (nivel r.), junto a varios fragmentos de

(1) JORGE JUAN EIROA. *La cueva del Asno, Los Rábanos (Soria)*. Campañas de 1976-1977. Excavaciones Arqueológicas en España, número 107. Ministerio de Cultura, Madrid, 1979.

utensilios de hierro, apareció un fragmento de un jarrito de bronce de los utilizados habitualmente en la liturgia de época visigoda.

El hallazgo, en buen estado de conservación, es un pie y parte de la panza del jarro (Fig. 1 y Lám. I). En el interior del pie hay soldado un contrapeso metálico, también de bronce, decorado con círculos concéntricos, como es habitual en estas piezas. Ferrandis Torres las describe como «pie simétrico del gollete (...) y el fondo, que casi siempre falta, reducido a un pequeño disco metálico que se soldaba interiormente en las paredes del jarro en la parte más angosta del pie» (2).

La panza insinúa una forma ovoidea, también usual, de grosor considerable.

Estos jarritos responden a tipos bien conocidos que, según Ferrandis, tienen paralelos en una vasija de barro hallada en Piña de Esgueva (Valladolid) y su precedente entre los alemanes de Wurtemberg y entre los austros (3).

Pedro de Palol los supone derivados de los «amulae» paleocristianos que llegan a través de piezas importadas por el comercio mediterráneo y se introducen en los talleres visigodos que los transforman a los gustos hispánicos del momento (4).

Su uso es discutido, aunque en todo caso litúrgico. Pudieron usarse para el bautismo, como supone Ferrandis basándose en miniaturas en las que se representa este sacramento, y puede que también para la eucaristía, como afirma Palol (5).

En el caso que nos ocupa, el hallazgo del jarrito en la cueva no es un hecho aislado; téngase en cuenta que en época visigoda y por motivos que aún no conocemos bien, las poblaciones rurales vuelven a utilizar las cuevas, ya sea como refugio del ganado o como temporal lugar de habitación, sobre todo aquellas que eran conocidas desde épocas romana. En el Alto de la Yecla (Silos, Burgos), en la Cueva de los Godos (Alava), en varias cuevas de la Rioja... etc., se documentan diversos hallazgos visigodos, algunos de cierta importancia.

El estudio de este jarrito de Soria, debido a su estado fragmentario y a su deterioro en el contexto arqueológico en el que apareció, plantea varios problemas para su estudio. Téngase en cuenta que el fragmento que se conserva (hoy en el Museo Provincial de Soria) es sólo el pie troncocónico con fondo y parte del inicio de la panza.

Su análisis estilístico o tipológico deberá realizarse, pues, por analogías con los restantes hallazgos peninsulares. Así, podemos encontrarnos con el grupo de jarritos similares de filiación visigoda estudiados por Pedro de Palol, y más concretamente con los jarritos del Tipo III y algunos del Tipo IV que se creen directamente relacionados con los anteriores (6).

Estos dos tipos forman el grupo más numeroso y heterogéneo de estos vasitos litúrgicos y parecen tener una notable influencia clásica, sobre todo de los ungüentarios romanos de los siglos I-II a. C., que son de formas muy simples y finas. Dentro del

(2) J. FERRANDIS TORRES. «Artes decorativas visigodas», en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, t. III, pp. 697-698. Madrid, 1976 (3.ª edición).

(3) J. FERRANDIS TORRES. Op. Cit. Loc. Cit.

(4) PEDRO DE PALOL. *Arte hispánico de la época visigoda*. Edic. Polígrafa. Barcelona, 1968, p. 209.

(5) PEDRO DE PALOL. Op. Cit. p. 209.

(6) PEDRO DE PALOL. *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo* I. Jarritos y patenas litúrgicos. C.S.I.C., Instituto de Prehistoria Mediterránea, Barcelona, 1950, pp. 66 y ss.

También puede verse el mismo autor: «Los bronceos litúrgicos hispanovisigodos y sus perduraciones». En el *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-1962, pp. 699 y ss.

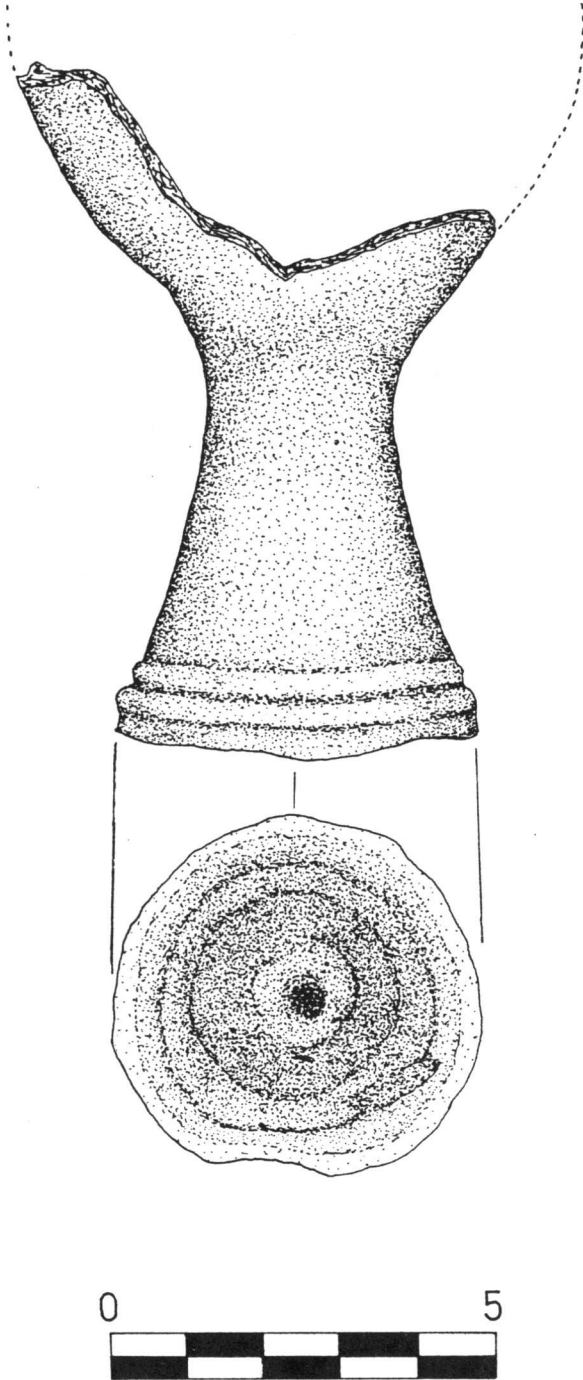
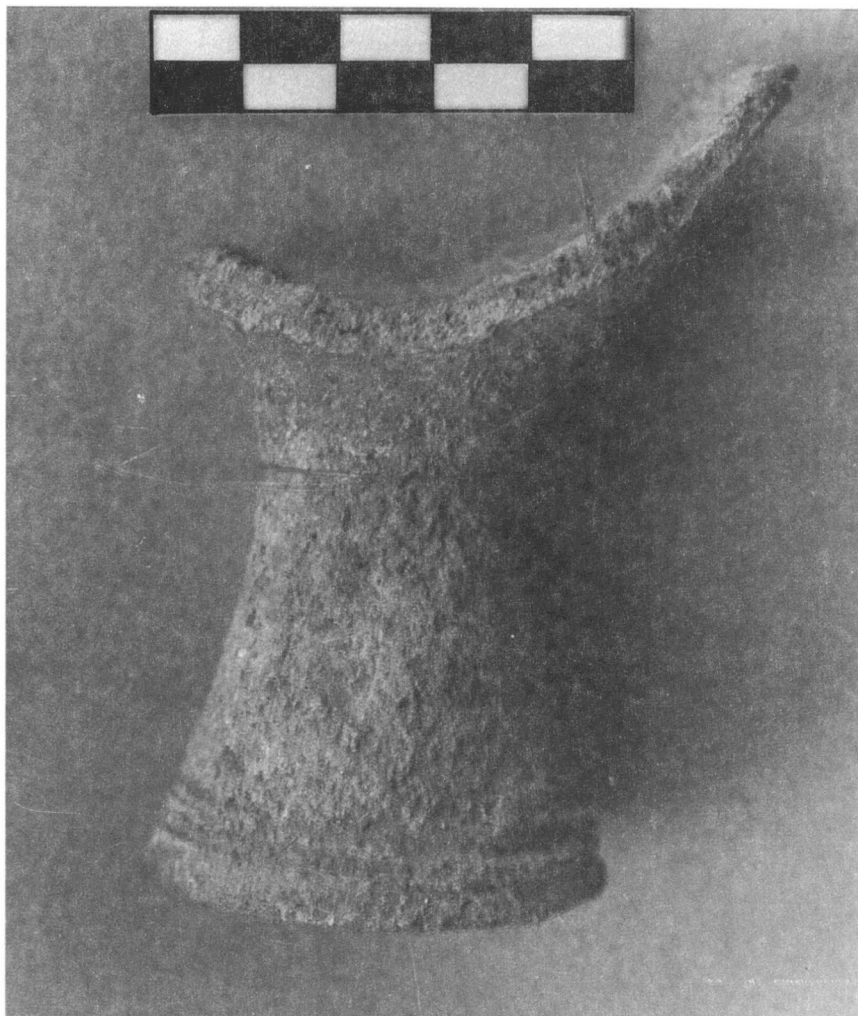


FIG. 1.-



LAM. I.-

Tipo III están los ejemplares que guardan mayor afinidad con los restos de la Cueva del Asno, especialmente el Tipo III número 18 (7), de procedencia desconocida y actualmente depositado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. No conserva el fondo, como suele ser frecuente en estos jarritos, ni el asa, que solía ser una pieza postiza apoyada sobre panza y boca, con el extremo que se soldaba a la panza decorado algunas veces con una tosca cara humana. Su decoración es muy sencilla a base de

(7) PEDRO DE PALOL. *Bronces hispanovisigodos de origen...* p. 70.

líneas paralelas incisas y muy finas, por zonas, sin que formalmente se aprecie una clara separación entre la panza y el pie.

En el jarrito Tipo III, número 16, se aprecia más separación entre el pie y la panza. Este jarrito, que procede de Alcaraz (Albacete) se encuentra igualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y tampoco conserva el fondo, que era un disco circular soldado en la mitad del pie, semejante al que vemos en el ejemplar de Soria, aunque en éste, el fondo no está soldado en la mitad del pie, sino en el extremo inferior del mismo.

El jarrito Tipo III, número 17, de la tipología de Palol guarda ya menos semejanzas; se trata de un ejemplar de procedencia hispana que hoy se encuentra en el Kunstgewerbes Museum de Colonia. Tampoco conserva el fondo, pero tanto la forma del pie, que es muy alto, como en la decoración de las líneas paralelas incisas y muy finas, muestra cierta relación formal con el jarrito de Soria. En este caso la separación entre el pie y la panza, aunque es pequeña, parece más acentuada debido a la presencia de un fino cordón decorativo.

También se podría establecer un paralelismo con el jarrito Tipo III, número 20, de origen desconocido y hoy perdido; sin embargo, resulta complejo precisar semejanzas, que son más bien decorativas que formales, ya que sólo tenemos como referencia el dibujo que de él hizo Miguel Vigil.

En cuanto a los posibles paralelismos con los jarritos del Tipo IV de Palol, que son derivados del Tipo anterior, vemos que en el número 21, de procedencia desconocida, aunque puede que sea de Cangas de Onís, hay unos cordoncitos paralelos incisos en el borde inferior del pie, semejantes a los que presenta el ejemplar soriano, si bien el número 21 tiene una decoración en la mitad del pie y no conserva el fondo. Tampoco éste tiene separación entre pie y panza.

El jarrito Tipo IV, número 25, de procedencia desconocida y depositado en el Instituto de Valencia de Don Juan, ya se aleja algo más de las formas del jarro soriano. Es menos globuloso y más fusiforme, con boca alargada y decoración profusa.

El mayor inconveniente para definir la filiación cronológica, que sólo podremos establecer basándonos en estos paralelismos tipológicos, es la ausencia de un contexto arqueológico de similar filiación cultural y claramente fechable. Téngase en cuenta que el jarrito de Cueva del Asno es la única pieza metálica atribuible con claridad a la época visigoda. En otros casos estos jarritos han aparecido en un contexto claro, como es el caso del jarrito de la basílica de Bobalá, bien fechado en relación con el templo y los demás bronce hallados hacia la segunda mitad del siglo VII d.C., ya que además apareció un depósito de monedas en la Grassa (Tarragona) con trientes de los monarcas visigodos Recesvinto y Chindasvinto del año 649 (8).

La cronología para estos jarritos rituales parece, pues, bastante precisa, en buena parte gracias a los trabajos de Palol. Parece correcta, para el vasito de Soria la fecha de la segunda mitad del siglo VII d.C., apoyándonos en la decoración y el estilo, tras el análisis de los paralelismos con esos otros jarritos bien fechados, tanto por su tipología como por su aparición en contextos arqueológicos cronológicamente fiables.

(8) R. PITA Y P. PALOL. «La basílica de Bobalá y su mobiliario litúrgico». *Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*. Barcelona, 1972, p. 399.

Tampoco parece absurdo buscar su origen inmediato en las piezas salidas del taller de bronzistas de León, en el que se fabricaron otros semejantes.

Sirva esta breve reseña, en la que premeditadamente hemos abordado un tema medieval realmente alejado de nuestra habitual dedicación, como sencillo homenaje al gran medievalista y amigo Juan Torres Fontes, en el año de su feliz jubileo académico.